

SANCTI ANSELMI EXHORTACIÓN AL DESPRECIO DE LO TEMPORAL Y EL DESEO DE LO ETERNO

¿Qué haces, oh hombre? ¿Por qué te comportas como un animal en el mundo? El Señor te creó sabio y discreto. No quieras asemejarte a aquellos que carecen de prudencia; ¡despierta, oh desdichado! Ten compasión de ti mismo. Sé sabio. Por ti, Dios excelso descendió del cielo para elevarte de lo terrenal al cielo.

Has sido llamado a las bodas del Esposo celestial, hombre. ¿Por qué desprecias y te muestras indigno? Dime, ¿cómo entrarás a las bodas sin tener una vestidura preciosa ni una lámpara resplandeciente? Odia al mundo, medita en Dios. Aborrece la maldad y el pecado, y ama a tu benigno Redentor.

Consérvate en la tierra; como un ángel, ten pensamientos castos y santos continuamente. Corrige tus pensamientos perversos, para que no te enredes en los actos del mundo. Libera tu alma de los negocios vanos de este mundo por completo, para que Cristo te corone sobre los cielos. Sé como una nube que derrama lluvia de lágrimas, para que puedas extinguir las llamas del pecado.

Recuerda aquel día temible; aplica remedios a las heridas de tu alma. Camina valientemente en la ley del Señor; haz de tu morada un progreso constante mediante la fe sincera y la caridad. Crece cada día en disciplina y continencia, teniendo la esperanza cierta de ver al Señor en su claridad, reino y gloria. Cuida de no apartarte del mandato de Cristo con palabras ociosas. Planta una buena semilla en tu corazón y en tu alma, es decir, virtudes y los caminos de los santos Padres y sacerdotes que agradan a Dios.

Recuerda, desdichado, que caminas en medio de las trampas del diablo. Despierta, no sea que caigas en el abismo de la muerte. No pienses que vivirás mucho tiempo en la tierra; no te demores más en malas acciones. Ruega siempre a Cristo para que todo tu afecto fructifique; para que tu vida sea una tierra buena y fértil, y muy aceptable a Dios.

Ten presente el día de tu partida; apresúrate a ser hallado sin pecado en esa hora, para que en el día de tu vocación tu alma ascienda a Dios, llevada por los ángeles. Odia este mundo; ama a tu Redentor con todo el deseo de tu mente. No descuides tu alma; no te deleites en la dulzura y suavidad de las trampas mortales del diablo, no sea que, llena de pecados y abatida por una gran confusión, tiembles en esa hora y te consumas de miedo excesivo.

Sé, insensato, siempre preparado; vigila libre de toda escoria terrenal; cuida de ser liberado de todos los escándalos y pensamientos más viles. Sé prudente, insensato, despierta del sueño de la maldad. Si deseas ser celestial, siempre aborrece y desprecia lo terrenal. Sigue los ejemplos de los perfectos, para que llegues al paraíso de las delicias y a la patria deseable de los sacerdotes.

¿Por qué odias tu vida, desdichado? ¿Qué buscas más precioso que tu alma, infiel? Acércate, apresúrate, antes de que se cierre la puerta del arrepentimiento. Alegra al ejército celestial con tu conducta.

El médico espera ver tus lágrimas. Acércate, no temas. Muestra tu herida y ofrece el remedio de lágrimas y llantos. He aquí que la puerta del arrepentimiento está abierta. Apresúrate antes de que se cierre.

Derrama lágrimas mientras hay tiempo, no sea que en el otro mundo llores sin provecho. Aquí, en efecto, hay misericordia, allí juicio; aquí placer, allí tormentos; aquí risa, allí verdadero llanto; aquí canto, allí fuego eterno; aquí ornato de vestiduras, allí tormento de gusanos; aquí elevación, allí humillación. Humíllate, pues, en vida, no sea que seas condenado en las tinieblas exteriores. No te deleite, por tanto, la delectación terrenal aquí, no sea que allí haya amarga lamentación.

¿Quién no llorará por nosotros, y quién no se lamentará? Odiando la vida, amamos la muerte. ¿Qué hay más excelso y magnífico que ejercitar la mente, someter la carne al servicio, para que obedezca al mandato del alma, siga los consejos, ejecute diligentemente el propósito y la voluntad del alma? ¿Qué alimento es más agradable que hacer la voluntad de Dios, superar con la fuerza de la mente los ataques del diablo?

Cada uno venza a sí mismo, contenga la ira, no se ablande con ninguna tentación. No se perturbe con las adversidades, no se ensalce con las prosperidades, ni se deje llevar como por el viento con el cambio de las cosas. Considera, carísimo, en ti mismo qué es mejor, en este mundo presente llorar por los pecados y orar con frecuencia, o en el fuego eterno llorar sin provecho alguno.

¿Por qué se debilita la virtud de tu alma con el afecto y deseo del mundo perecedero? Eleva tu mente a la inestimable claridad de la felicidad eterna, que ojo no vio, ni oído oyó, que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II, 9). Ten continencia en la lengua, continencia en la vista, en la comida, en el vestido, en el pensamiento, en la risa, para que te muestres como el atleta perfecto de Dios en todo. Esfuérzate por no tener enemigo alguno excepto el diablo.

¿Qué te puede aprovechar un don si te enredas en sus preocupaciones? ¿Qué ganarás con el cuidado de un vestido precioso, sino castigos eternos? ¿Por qué te inflas con el orgullo de la elevación? ¿Quién no temblará, lamentará y llorará cuando nuestros secretos se manifiesten ante los ángeles y los hombres? ¿Por qué entristeces con tus malas acciones al padre piadosísimo, insensato, que se dignó contarte entre el número de sus hijos?

Aparta tu lengua del mal, busca la paz y síguela (Salmo XXXIII, 14), no sea que el Señor, irritado por tus males, te entregue como al siervo más malvado a un castigo perpetuo, si no quieres seguirlo a la gloria. Para servir al Rey eterno, renuncia a tus propias voluntades. Conténtate con toda vileza o extremidad. Declárate inferior a todos con tu lengua, cree en lo más íntimo de tu corazón que eres más vil. Haz ahora lo que te conviene para siempre.

Levántate por la noche para orar y llorar ante Dios, para que seas liberado de todas las trampas y escándalos de las pasiones. Si de repente tu alma es arrebatada de ti, se encontrará pecadora y fétida, sin tiempo para el último arrepentimiento. ¿Qué dirás a la muerte en la hora de tu separación, cuando ya no se te conceda vivir ni siquiera por un momento de una hora? Ten presente el día de la muerte. Considera cómo serás presentado ante la vista del juez. Prepara continuamente tu lámpara en la mejor conservación; apresúrate a que siempre esté encendida.

Desprecia lo temporal y caduco, para que, como un excelente guerrero dejando la pompa del mundo, puedas merecer el premio tras la victoria. Recurre, desdichado, a tu conciencia; aligérate de los pesos de las preocupaciones terrenales. No reine en ti la contienda, ni la contradicción, ni ninguna iniquidad en absoluto. Rechaza lo terrenal, anhela lo celestial, abandona lo temporal, ama la bienaventuranza eterna.

Despierta un poco del sueño desdichado, abre tu boca, suplica a Dios, arroja de ti las cargas de los pecados. Ora con frecuencia, derrama lágrimas sin cesar. Huye de la blandura del alma, aborrece la negligencia, detesta la maldad. Ama la mansedumbre, ama la continencia, medita en la salmodia.

Apresúrate a orar mientras hay tiempo para el arrepentimiento. Ama a Dios con toda tu alma (Mateo XXII, 39), como Él te amó. Teme el día del juicio. Por amor a Cristo, niégate a ti mismo. Guarda los actos de tu vida en todo momento. Aléjate de los actos del mundo, para que te conviertas en heredero del reino de Dios.

Escucha, alma, lo que digo; presta atención a lo que digo; atiende a lo que aconsejo. No te contamines ya con ninguna impureza, no te manches con ninguna lujuria, abstente de toda corrupción de la carne, extrae de toda corrupción de la carne. Que la lujuria no prevalezca más, que la libido no te domine más. Es mejor morir que mancharse con lujuria. Es mejor entregar el alma que perderla por incontinencia.

La castidad acerca al hombre a Dios, la castidad acerca a Dios al hombre, a los castos se les promete el reino de los cielos. Pero si aún eres tocado por los estímulos de la carne, si aún eres golpeado por la sugestión de la libido; pon ante ti la memoria de la muerte, presenta el día de tu partida, pon ante tus ojos el fin de la vida. Presenta ante ti el juicio futuro y los tormentos futuros, presenta ante ti los fuegos perpetuos del infierno, presenta ante ti los horribles castigos de la gehena.

Ora con lágrimas sin cesar, ora continuamente, insiste frecuentemente en la oración. Ruega a Dios día y noche, dedícate a la oración asiduamente, gime siempre y llora. Levántate para orar en la noche, pasa la noche en oración y súplica, dedícate a las vigiliias nocturnas, ora de nuevo, con los ojos cerrados por un momento.

La oración frecuente aleja los dardos del diablo, expulsa a los espíritus inmundos con la frecuencia de la súplica, vence a los espíritus inmundos con la insistencia de la oración, los demonios son vencidos con la oración, la oración prevalece sobre todos los males.

También prívate de la saciedad del pan, castiga tu cuerpo con la moderación, lleva un rostro pálido, un cuerpo seco, dedicado al ayuno y la abstinencia. Pasa hambre y sed; abstente y seca. Si no te educas en el ayuno, no puedes vencer las tentaciones.

Sé humilde, sé fundado en la humildad, humíllate, hazte pequeño. No te pongas por encima de nadie, no te consideres superior a nadie. Considera que todos son superiores a ti. Considerate el menor de todos, considérate inferior a todos. Aunque seas el más alto, mantén la humildad. Cuanto más humilde seas, más te seguirá la altura de la gloria.

Evita la jactancia, evita el deseo de ostentación, evita el afán de gloria vana. No te arrogues; no te jactes. No te exaltes insolentemente; no extiendas las alas del orgullo. No levantes las plumas de la elevación, no presumas nada de ti, no te atribuyas nada bueno.

No te enorgullezcas con la virtud de la justicia, no te ensalces por las buenas obras, no te gloríes por la buena obra: humíllate para que seas exaltado, no sea que exaltado seas humillado: porque el que se ensalza, es humillado; el que se exalta, es derribado; el que se eleva, es postrado; el que se infla, es golpeado.

El orgullo derribó a los ángeles, la hinchazón disolvió reinos, la arrogancia humilló a los sublimes, la humildad no conoce caída, la humildad no conoce tropiezo. Reconoce,

desdichado, que Dios vino humilde. Camina como Él caminó; sigue su ejemplo, imita sus huellas.

Sé vil para ti mismo, sé despreciado, sé rechazado, desagradete a ti mismo, sé despreciado ante ti mismo. Porque el que es vil para sí mismo, es grande ante Dios. El que se desagrada a sí mismo, agrada a Dios. Sé, pues, pequeño a tus propios ojos, para que seas grande a los ojos de Dios: cuanto más despreciado seas ante los hombres, más precioso serás ante Dios.

Lleva siempre la vergüenza en el rostro por el recuerdo del delito; lleva el pudor en la cara por la memoria del pecado cometido. Avergüénzate de levantar los ojos por la vergüenza del pecado. Camina con el rostro abatido, con el semblante abatido, con la boca triste, con el corazón golpeado, con vestidura de luto, envuelto en saco, cubierto de cilicio el cuerpo, siempre llorando, siempre lamentando, siempre gimiendo, siempre emitiendo suspiros del corazón. Que haya compunción en el corazón, lamento en el pecho; que siempre te deleite el llanto y el luto.

Esté siempre preparado para las lágrimas. Nunca abandones el llanto y las lágrimas. Que nada te haga sentir seguro del pecado, que la esperanza y el temor permanezcan incesantemente en tu corazón. Así espera la misericordia, y teme la justicia; así la esperanza de indulgencia te eleve, y el temor del infierno siempre te aflija.

No te entristezcas en tus enfermedades, en tus dolencias da gracias a Dios; desea más estar sano de alma que de cuerpo, desea más estar sano de mente que de carne. La enfermedad hiere la carne, castiga la mente.

Si la prosperidad te sonríe, no te exaltes; si la adversidad te ocurre, no te derrumbes. Si te sobreviene la calamidad, no seas pusilánime. Ten templanza en las cosas prósperas, ten paciencia en las adversas. Reconoce que eres probado en el dolor, no te exaltes.

Sé igual en todo, no cambies tu mente ni por la alegría ni por el dolor. Soporta todo con igual justicia, no te dejes llevar por ninguna insolencia. Que ningún caso te encuentre desprevenido, que no haya caso que tu meditación no prevea.

Propón que no hay nada que no pueda suceder. En los momentos favorables, medita cómo soportarás los adversos; siempre imagina las miserias futuras. El consejo vence al caso adverso; la premeditación rompe los impulsos que llegan. Prepara tu corazón tanto para lo bueno como para lo malo; lleva tanto lo bueno como lo malo según sucedan; soporta lo adverso y lo próspero como se presenten; soporta con mente libre lo que sea que ocurra.

Si la ira te precede, refrena; si te anticipa, mitiga. Modera el furor, modera la indignación, controla el movimiento del alma, refrena el ímpetu de la ira. Si no puedes evitar la ira, al menos modérala; si no puedes evitar el furor, al menos contrólalo. Aprende a soportar el mal más que a devolverlo; aprende a tolerar el mal más que a hacerlo.

Sé manso, sé paciente, sé amable, sé modesto. Guarda la paciencia, guarda la modestia. Desprecia las injurias de la contumelia infligida. Rompe las flechas de la contumelia con el escudo de la paciencia. Prepara el escudo de la paciencia contra la palabra áspera; ofrece el escudo de la paciencia contra la espada de la lengua. Aunque alguien te incite, aunque te exaspere, aunque te insulte, aunque te acuse, aunque te provoque a la disputa, aunque te diga injurias, aunque te haga daño, aunque te afronte con contumelias, tú calla, tú guarda silencio, desprecia, tú disimula la injuria, no respondas, no devuelvas la injuria. Vencerás más rápido callando.

Aprende de Cristo la tolerancia, aprende la modestia. Mira a Cristo, y no te duelas por las injurias. Modera el dolor con la consideración de la justicia. Aplaca a los enemigos con toda modestia, supera el mal de los demás con tu bien.

Cuando se te difame, ora; cuando se te maldiga, bendice; opón bendición al que te maldice. Aplaca al iracundo con paciencia, disuelve la ira del que se enfurece con amabilidad, vence la maldad con bondad. Presenta con mente tranquila el dolor de la injuria: porque la herida encerrada consume mucho el alma.

Si has entristecido a tu hermano en algo, haz penitencia ante él. Si has ofendido a tu hermano, reconcílialo con súplica. Pide rápidamente perdón por tu ofensa, con el afecto más rápido de amor, con humildad provoca a él al perdón, suplica con ánimo humilde, postérnate con afecto.

Concede perdón con agrado al que lo pide, abraza inmediatamente al que regresa, recibe con amor benévolo al que vuelve. Perdona para que se te perdone, perdona para que se te perdone. No tendrás indulgencia, a menos que la des. Y si él no suplica, si no pide que se le perdone, si no tiene la humildad de suplicar, si no reconoce su pecado con mala conciencia; tú perdona de corazón, tú perdona de alma, tú concede indulgencia gratuitamente, tú concede perdón por tu propia voluntad.

No retengas el dolor del corazón, quita del corazón la ofensa fraterna, no guardes el dolor de la maldad ajena: porque el odio separa al hombre del reino de Dios, lo aparta del cielo, lo expulsa del paraíso. El odio no se quita ni con la pasión, ni se expía con el martirio.

¿Qué diré de los fuegos del cielo? La envidia consume todos los brotes de las virtudes; la envidia devora todos los bienes con su ardor pestilente. Esta primero se daña a sí misma, primero se muerde a sí misma, primero roe a su propio autor. La envidia es la polilla del alma, consume el sentido, quema el pecho, afecta la mente, devora el corazón del hombre como una plaga.

Que la bondad se oponga al celo; que la caridad se prepare contra la envidia. Ama la paz, ama la paz, mantén la paz con todos, abraza a todos con mansedumbre y caridad. No seas infiel en la paz. Sé siempre dispuesto de corazón, y mantén siempre el vínculo de la constancia. Ten la placabilidad de la mente, la benignidad del alma.

Sé afable en el discurso; aparece con ánimo grato ante todos, huye de las disputas, evita las contiendas, evita las contiendas, elimina las ocasiones de disputa. Desprecia la disputa, vive siempre en paz, no te esfuerces en ninguna acción por contender. La contienda engendra disputas, engendra riñas, enciende las antorchas del odio, extingue la paz del corazón, rompe la concordia.

Si tu enemigo cae, no te regocijes; en la caída del adversario no te exaltes; ten más bien un afecto humano hacia su humildad. Saciáte de lágrimas en las penas ajenas. No tengas un corazón de hierro, no tengas entrañas duras. Llorla la miseria ajena como si fuera la tuya. Llorla con los que lloran, une el afecto de tu mente con los que lloran.

En todos tus actos, en toda tu obra, en toda tu conversación, imita a los buenos, emula a los santos. Que los ejemplos de los Padres sean para ti incentivos de disciplina. Que la infamia de la vida no escandalice a nadie, que la opinión adversa no entristezca a nadie. Aprende,

hombre, a arder en el elogio, ten un buen testimonio. Que tu fama no sea oscurecida por ningún hedor. Que no sea lacerada por ningún oprobio.

Evita la gloria popular, evita la admiración del vulgo, desprecia los favores, esfuérzate más por ser bueno que por parecerlo. No te seduzca el favor, ni te rompa la vituperación. Quien no busca la alabanza, no siente la injuria. Júzgate a ti mismo, no por el juicio ajeno. No te midas por la mente de otros, sino por la tuya.

Sé como quieres ser considerado. Demuestra tu profesión con tu hábito y tu andar; no te conviertas en un espectáculo, no des lugar a otros para criticarte. Evita a los malos, evita a los inicuos, busca la compañía de los buenos, busca la sociedad de los buenos, adhiérete indivisiblemente a los santos. Es mejor tener el odio de los malos que su compañía.

También refrena tu lengua de la palabra ociosa, reprime tu lengua de la palabra ociosa. Rechaza las palabras impúdicas, huye de las palabras deshonestas. No hables palabras vanas: porque el discurso vano contamina rápidamente la mente, y lo que se escucha con gusto se hace fácilmente; que salga de tus labios lo que no contamine los oídos del oyente. Evita lo mínimo, no sea que llegues a lo mayor. Que lo que hables sea digno y cargado de doctrina.

Que tu discurso sea irreprochable, que sea útil a la expectativa de los oyentes. Discierne qué hablas, qué callas, y sé hábil tanto en hablar como en callar. Delibera mucho antes de decir algo; no contiendas en nada. Proporciona un sello a tus labios, opón las barreras del silencio, rodea tu lengua con la fortaleza de la custodia. Que la pregunta abra tu boca.

Que tus palabras sean pocas. El mucho hablar no evita el pecado. El hombre hablador es ignorante: el sabio usa pocas palabras; hablar mucho es necedad; el conocimiento hace el discurso breve. El ignorante hace mucho ruido, y no dice nada con sentido. La voz del insensato es en la multiplicación del discurso. Siempre modera tus palabras, mantén la medida en el discurso, la balanza en el discurso.

No laceres la vida ajena, no contamines tu boca con el mal ajeno; no critiques al pecador, sino compadécete. Lo que criticas en otro, teme en ti. La crítica es un grave crimen, la crítica es una grave condena: no hay nada más feo que esto, esto es de la mayor vileza. Es costumbre de los perros lacerar, ejercitar las lenguas de los perros, morder con el diente pestilente de los perros.

Cuando criticas a otros, examínate a ti mismo; cuando muerdes a otro, reprende tus propios pecados. Si quieres criticar, vuelve a tus propios pecados; no veas las faltas ajenas, sino las propias. Atiende a tus vicios, no a los ajenos.

Nunca criticarás a otro, si te examinas bien a ti mismo. Por tanto, preocupado por tu corrección, atento a tu salvación, no prestes oído a los murmuradores. Los que critican y los que escuchan son culpables por igual. Corrige tus vicios con tanto cuidado como observas los ajenos.

193 Cuida también en todo de evitar la mentira; ni por casualidad, ni con intención hables falsedad. No hay mentira justa; toda mentira es pecado. Pues todo el que miente, mata el alma. Y: Destruirás a todos los que hablan mentira (Salmo V, 7); y: El testigo falso no quedará impune (Prov. XIX, 5). Rechaza, por tanto, el engaño, evita la mentira. Cuida de no decir falsedades, nunca mientas. Sé veraz en tus palabras, no engañes a nadie mintiendo.

Prohíbe el juramento, elimina el juramento. Que en tu boca esté el "sí"; que en tu boca esté el "no". No seas fácil en las palabras, y difícil en la acción. Cambia el decreto en voto deshonoroso.

Peca allí donde no sabes que está el Señor. Ve lo oculto quien hizo lo escondido; y si no te condena la fama pública, que te condene al menos tu propia conciencia.

En toda tu obra, pide la ayuda de Dios; atribuye todo a la gracia divina, al don divino; no atribuyas nada a tus méritos, no presumas de tu virtud.

Sin considerar tus fuerzas, no hagas votos. Se cuentan entre los infieles aquellos que no cumplen lo que han prometido. Oculta las virtudes por la elevación. Esconde las buenas obras por la arrogancia; huye de parecer lo que has merecido ser.

Revela los vicios de tu corazón, manifiesta de inmediato los pensamientos perversos. Si se hace evidente, el vicio se convierte de grande en pequeño; si permanece oculto, se convierte de pequeño en grande.

Delibera largamente sobre una sentencia dudosa. Lo que deseas hacer, examínalo largamente. Que no haya negligencia relajada en las cosas buenas; que no haya negligencia perezosa. En lo que conviene, diferir impide. La pereza enfría el ingenio; la negligencia y la pereza disuelven el ánimo.

Nada es mejor que la sabiduría, nada más dulce que la prudencia; nada más agradable que el conocimiento; nada peor que la necedad, nada más vil que la cobardía. El ignorante es fácilmente engañado, el necio rápidamente cae en vicios.

Lo que prometes con la boca, cúmplelo con la obra; que tus palabras precedan a tus acciones. Cuida de no hundirte en el deseo de alabanza mientras elevas a otros enseñando.

Cede rápidamente a la verdad; en la disputa elimina la contienda, elimina la defensa obstinada. Ama más escuchar que hablar; al principio escucha, habla al final. Primero calla, al final habla.

Devuelve a cada uno el honor según su dignidad. Cede a la autoridad de los mayores, obedece a la voluntad. Sin embargo, no accedas a hacer el mal si te lo ordenan. No consientas en hacer el mal si te lo ordenan.

Mantén la moderación en toda obra, mantén la discreción en toda cosa. Lo que deseas que te hagan, hazlo a otro. Sé para los demás como deseas que los demás sean contigo. Evita los honores que no puedes mantener. La grandeza de los honores es la magnitud de los crímenes.

¿Por qué pospones para mañana? Puedes ganar también el día de hoy. Hay que tener cuidado de no perder también aquel, y perder este. No es un pequeño detrimento perder incluso una hora.

Por tanto, día y noche reza a Dios, y reprime tus ojos de la petulancia. Elimina la ocasión, quita la materia de delinquir. Dispón todo no con un ánimo turbulento, sino con un corazón tranquilo; y no juzgues a nadie más estrictamente que a ti mismo.

La felicidad de este mundo es breve, la gloria de este siglo es modesta. El poder temporal es caduco y frágil. Di, ¿dónde están los reyes? ¿dónde los príncipes? ¿dónde los emperadores?

¿dónde los ricos en bienes? ¿dónde los poderosos del siglo? ¿dónde los ricos del mundo? Pasaron como sombra, y se desvanecieron como un sueño.

Las preocupaciones de las cosas perturban la mente, los cuidados de las cosas agitan la mente. Si deseas estar tranquilo, no anheles nada del siglo. Siempre tendrás descanso en la mente, si rechazas de ti las preocupaciones del mundo. Quien se implica en los cuidados terrenales, se separa del amor de Dios.

Nadie puede abrazar la gloria de Dios y al mismo tiempo la del siglo. Nadie puede abrazar a Cristo y al mismo tiempo al siglo. Por Dios, renuncia a todo. Sin el impedimento del siglo, esfuérate por servir a Dios.

Comparte con todos, da a todos, ofrece a todos. Que la benevolencia sea mayor que la cosa obtenida; que la gracia sea mayor que la cosa dada. No hay misericordia donde no hay benevolencia. Tal será tu obra, como haya sido tu intención.

Sé templo de Dios, y Dios excelso habitará en ti; de tus justos trabajos ministra a los pobres, no quites a uno para dar a otro.

Todo lo que hagas, hazlo por la recompensa futura, por la expectativa de la remuneración eterna; la recompensa futura, no la presente, se promete a los santos. En el cielo, no en la tierra, se promete la recompensa a los justos. No se debe esperar aquí lo que se dará en otro lugar.

Sé muerto al mundo, y el mundo a ti. Mira la gloria del mundo como muerto; como sepultado, no tengas cuidado del siglo. Como difunto, prívate de todo negocio terrenal. Desprecia en vida lo que no puedes tener después de la muerte.

No te esfuerces por la alabanza, ni por la opinión temporal, ni por la fama; sino por la vida eterna, que te conceda quien con el Padre, y el Espíritu Santo, vive y reina Dios por los infinitos siglos de los siglos. Amén.